

Dado que la élite desempeñó un papel importante en la dinámica entre la solidaridad de la comunidad y el conflicto, Gosner le dedica el capítulo 5. En este apartado, afirma que su legitimidad dependió no sólo de la forma en que enfrentó el conflicto con las autoridades españolas, sino también de la capacidad que mostró para cumplir sus obligaciones rituales y reformular las ideas tradicionales acerca de los orígenes sobrenaturales de su poder terrenal.

Finalmente, el capítulo 6 está dedicado a la descripción pormenorizada de la rebelión. Gosner inicia con el aviso que el cura de Cancuc, fray Simón de Lara, envía el 15 de junio de 1712 a José Francisco Moreno, en el cual le refiere que los indios habían inventado el milagro de que a María López, adolescente de trece años de edad, se le había aparecido la virgen María, y de cómo, sin el consentimiento de fray Simón, habían construido un altar. Narra la organización de la conspiración, cómo se fue extendiendo, el inicio y desarrollo de los enfrentamientos bélicos, los problemas políticos que enfrentaron los rebeldes, la organización de un sacerdocio indígena, el culto que se creó alrededor de la virgen y la derrota indígena. Concluye narrando los resultados de la revuelta.

Por último, es importante destacar que esta obra presenta un panorama completo, aunque a veces simplista, de la historia prehispánica y de los siglos XVI y XVII en los altos de Chiapas. Es un libro de lectura ágil y amena. El levantamiento comandado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional ubica, de manera fortuita, a *Soldiers of the Virgin* como un texto que proporciona ideas para el debate que se ha generado sobre las causas y orígenes de esta reciente rebelión.

Sergio QUEZADA
Universidad de Yucatán

Mario CERUTTI: *Burguesía, capitales e industria en el norte de México. Monterrey y su ámbito regional (1850-1910)*. México: Alianza Editorial-Universidad Autónoma de Nuevo León, 1992, 383 pp. ISBN 968-39-0559-5.

Siempre se puede hacer, de la necesidad, una virtud; asimismo, por lo regular, alguien puede sacar dinero de una guerra. En

todo caso, eso es lo que sugiere Mario Cerutti en su estudio más reciente sobre la economía regional de Monterrey. Cerutti muestra cómo ciertos nortños concibieron una variedad de formas para sacar provecho de la guerra y de la inestabilidad entre 1860-1890. Gracias a los trabajos precedentes de Cerutti, los protagonistas de la obra nos son conocidos. Santiago Vidaurri, un gobernador emprendedor —si alguna vez hubo uno—, Patricio Milmo, Evaristo Madero y otros más. Vidaurri dedicó la mayor parte de su tiempo y energía a recaudar fondos para mantener hombres en armas. Gente de negocios, como Madero y Milmo, prestaron o vendieron a Vidaurri los insumos para emprender la guerra, cuya industria era la única en crecimiento en México entre 1853 y 1867. En tales condiciones, ningún inversionista en su juicio habría invertido mucho dinero en bienes raíces o en bienes de capital; el capitalismo comercial podía florecer, aunque la industrialización no. Los comerciantes del interior se quejaban sin cesar de las consecuencias del interés obsesivo de Vidaurri en el comercio y el intercambio. El famoso arancel Vidaurri de 1855, a pesar de que no era original, fue sin duda eficaz. El libre cambio, o algo similar a ello, llegó al norte por las necesidades financieras del gobernador. La guerra civil en Estados Unidos brindó una muy buena oportunidad a los Madero y los Milmo. Durante cierto tiempo, los mexicanos se mostraron como los corredores más adeptos del bloqueo de la Unión. Después de la guerra civil, el comercio con el creciente estado de Texas mostró ser una fuente de riqueza más duradera. Para 1890, las oportunidades comerciales que ofrecieron las vías férreas enraizaron una élite monetaria. Aquí Cerutti hace una pausa y el tenor de la historia cambia.

La mexicana nunca fue una economía orientada a la exportación en el sentido clásico del término. Simplemente lo que se vendía al exterior no era suficiente. En la década de 1870, sin embargo, las cosas empezaron a cambiar, y rápidamente. Durante el porfiriato, las exportaciones aumentaron en relación con el ingreso nacional, haciendo de México —al menos en términos aritméticos— una economía orientada hacia afuera. Algunos ganaron la ventaja en este proceso, como los estados de Chihuahua, Coahuila, Durango y Nuevo León, por no mencionar Yucatán. Los ferrocarriles, al extenderse hacia el norte, conectaron a México con los crecientes mercados de Estados Unidos. Gracias a ello, los empresarios nortños pudieron contratar mano de obra del interior, abastecerse de materias primas

y mandar sus productos a otros sitios. Éste es el patrón que siguió la industrialización de Monterrey, dado que en el siglo XIX el acceso a las materias primas y a los mercados, con el transporte barato, se convirtió en la base de las ventajas comparativas en la manufactura.

Los capitalistas y financieros responsables de este proceso ocupan el lugar central del análisis de Cerutti. Los estudiosos de la historia de la empresa en México seguramente reconocerán los nombres que siguen: Armendáriz, Belden, Calderón, Ferrar, Garza, Hernández-Mendirichaga, Madero, Milmo, Muguerza, Rivero, Sada Muguerza y Zambrano. Según Cerutti, diez grupos familiares constituyeron la columna vertebral de la clase empresarial de Monterrey. Algunos de ellos tenían profundas raíces en México, mientras que otros eran de inmigración reciente. Un número sorprendente eran sobrevivientes de la era turbulenta por la que acababa de pasar el país. Invirtieron en minería, manufactura, finanzas, ganadería, agricultura comercial y comercio. Las compañías en que invertían a menudo tenían, entre sus principales accionistas, representantes de tres o más de esas familias. La Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, S. A. (1900), la Compañía Carbonífera de Monterrey, S. A. (1902) y la Fábrica de Vidrios y Cristales de Monterrey, S. A. (1904) tenían miembros de los diez grupos entre sus más notorios accionistas. Como hace notar Cerutti, no sin recurrir a cierto eufemismo, aquí encontramos "el tronco histórico del cual germinó y se ramificó la burguesía regiomontana en el siglo XX". ¡Vaya tronco, y vaya árbol!

La investigación realizada por Cerutti sobre estas redes de parentesco es la de un modelo de industria, un análisis de una élite en formación. Con todo, la propia claridad de su perspectiva plantea una serie de intrigantes cuestionamientos, que pueden ser formulados por cualquier historiador al corriente de las bases de la empresa guiada por los lazos de parentesco que Cerutti rastrea. Sin embargo, esto sucedió a fines del siglo XIX, no del XVII. Había grandes diferencias; las finanzas y las mejores vías de comunicación eran sólo dos de ellas. ¿Por qué se prolongó tanto el desarrollo basado en los lazos sanguíneos en México? ¿Cómo pudieron diez familias concentrar una parte sustancial de la modernización económica de México? La época en que se esperaría encontrar en Estados Unidos ese tipo de acuerdos cómodos había quedado muy atrás. Esto no significa que México haya tenido una élite empresarial cerrada mientras que Estados

Unidos hubiese tenido una más abierta, a pesar de que el aspecto de "herencia colonial" es muy pronunciado en las páginas de la historia de México.

Podríamos proponer varias explicaciones. Primera, la economía mexicana era muy pequeña en comparación con la estadounidense o la británica de finales de siglo XIX. La totalidad de su producción no llegaba a más del 5% del ingreso británico y aún menos del de Estados Unidos. Diez familias podían hacer entonces en México algo que habría sido imposible en Gran Bretaña o en Estados Unidos: controlar una parte sustancial de las propiedades industriales del país. Esto podría haber sido factible en Gran Bretaña a inicios de la revolución industrial, más no en la década de 1890.

Con todo, hay otra explicación menos benigna de lo que Cerutti encuentra en Monterrey y sus alrededores. Stephen Haber en *Industria y subdesarrollo. La industrialización de México, 1890-1940* (Alianza Editorial, 1992) insiste en considerar las economías de escala y el poder político como el motor fundamental para la creación de industrias altamente concentradas en México. La argumentación de Haber, que por desgracia Cerutti no menciona, es sumamente sencilla. México no habría podido sostener una fuerte industrialización a fines del siglo XIX. Sus mercados eran demasiado pequeños. El país era candidato a presenciar una cantidad de monopolios "naturales", es decir, industrias de costo decreciente que enfrentaban una demanda limitada. No habría habido mucha competencia en cualquier industria con economías de escala sustanciales. Pero, aun entonces, la única manera de hacer rendir una inversión era excluyendo los productos extranjeros hechos por competidores eficientes. Así, se desarrolló un sistema industrial en el que un número pequeño de empresarios estableció estrechos lazos con el Estado y buscó protegerse con aranceles astronómicos. Este fenómeno no es exclusivamente mexicano. Pedro Fraile Balbin, en *Industrialización y grupos de poder. La economía de la protección en España, 1900-1950* (Alianza Editorial, 1991), ha mostrado que existió un comportamiento similar en la industria del acero en el país vasco en España. Industrias altamente concentradas, bajo el mando de clanes políticamente poderosos, tienen maneras de sacar el máximo provecho de los cambios de régimen, incluso en los cataclismos. En el México contemporáneo, las 25 empresas más grandes crean 47% del PIB. En Estados Unidos, las 25 empresas principales sólo generan 4.3% del PIB (*El Financiero*

Internacional, 19 de octubre de 1992). ¿Realmente se equivoca tanto Ramón Ruiz cuando se pregunta si el término “revolución” tiene, en realidad, un significado muy importante ante tan potentes continuidades estructurales?

La parte final del estudio de Cerutti trata de las carreras de dos importantes figuras porfiristas, Evaristo Madero y Gerónimo Treviño. Los historiadores han sabido desde hace mucho que los Madero eran una de las familias más ricas de México. Encontrarán aquí una documentada confirmación de la amplitud y variedad de los intereses empresariales de la familia. De nuevo, la investigación que hace Cerutti en los registros notariales es impresionante. De ella surge una imagen muy detallada de las propiedades de la familia. Por supuesto, Cerutti no podía soslayar el papel central que Francisco I. Madero desempeñaría posteriormente. Sugiere que era muy poco factible que el descendiente de un clan como ése fuera un revolucionario, lo cual es bastante atinado. ¿Acaso Madero no era en sentido alguno revolucionario? O simplemente, como dice Alan Knight, ¿se trataba de un revolucionario sin querer o sin darse cuenta? Cerutti refuerza la conclusión de Knight de que los Madero se hallaban muy lejos de estar al margen del mundo porfirista, como cualquier otra de esas familias. Que los lazos de Francisco I. Madero con las propiedades de su familia tuviesen algo que ver con su carrera revolucionaria subsecuente es un asunto que deben investigar quienes tengan una tendencia más reductora.

El cuadro que hace Cerutti de las propiedades de Gerónimo Treviño es también fascinante. La participación de Treviño —que sucesivamente combatía a los indios y era ministro porfirista— en las campañas de reconocimiento propició la creación de una inmensa hacienda: La Babia, que es descrita en el estudio de manera pintoresca. Como observa Cerutti, su mando militar abrió las puertas a la información sobre localización de valiosos recursos y los medios de obtenerlos, y por ende, a su transición de soldado a empresario. Treviño también había invertido en minería, manufactura, finanzas, transporte y metalurgia. Se puede suponer que no llegó a todo ello con su sueldo de soldado. En el caso de los Madero, la riqueza creó poder. En el de Treviño, se puede suponer que fue al revés.

Los lectores de las publicaciones anteriores de Mario Cerutti encontrarán en esta obra una fuente abundante de documentación sobre un pilar del sistema porfirista. Quienes estén interesados en la historia social o económica de la república restaurada

o del porfiriato deben considerar la monografía de Cerutti como una referencia indispensable; en cuanto a los políticos, no sabemos qué pensarán de ella. El libro ayuda poco a aclarar los orígenes de la Revolución en el norte; pero, al parecer, ésa no era la intención de Cerutti al escribirlo.

Richard J. SALUCCI
Trinity University